

FRIEDRICH BOUTERWEK, *Historia de la Literatura Española. Desde el siglo XIII hasta principios del XVI*, traducida y adicionada por José Gómez de la Cortina y Nicolás Hugalde y Mollinedo, edición de Carmen Valcárcel Rivera y Santiago Navarro Pastor, Madrid, Editorial Verbum, 2002.

Como afirman los editores en el prefacio de esta obra: «La Historia de la literatura española (1804) de Friedrich Bouterwek es la primera historia literaria española autónomamente concebida» (p. IX), y a pesar de ello:

resulta difícil comprender la escasísima atención prestada en España a esta obra, desde su ya lejana traducción parcial realizada por José Gómez de la Cortina y Nicolás Hugalde y Mollinedo, que vio la luz en 1829. Únicamente en 1975 se imprimió una edición facsímil, en la editorial alemana Georg Olms. Nuestra edición modernizada amplía la anterior, pues incluye la traducción del Prefacio y de la Introducción de Bouterwek, que allí no constaban, además por supuesto de un Estudio Preliminar y, en un segundo volumen, la traducción de la segunda y tercera parte de la obra, que no fue llevada a cabo por los antiguos traductores, así como un índice onomástico final (p. IX).

Establecido el propósito y la novedad de esta edición nos anuncian los editores que se trata de un trabajo inserto dentro de «un proyecto de reconstrucción de la historiografía literaria española» dentro del cual la obra de Bouterwek representa la etapa inicial tras la obra del abate Juan Andrés, Origen, progresos y estado actual de toda la literatura (1784-1806), una de las obras magnas de la moderna historiografía occidental con la que comenzó la colección Verbum Mayor.

El Estudio Preliminar va dividido en dos partes: la primera I (pp. XI-XXXVI) traza un «Esbozo de un perfil intelectual de Friedrich Bouterwek» (pp. XI-XIX) y plantea una reflexión «Sobre

*Historia de la literatura española*», desglosada en un apartado sobre «La obra de Bouterwek en el marco de la historiografía literaria europea y española» (pp. XIX-XXV) y otro dedicado a la «Descripción de la obra» (pp. XXVI-XXXVI). La segunda parte II se ocupa de «La traducción española» (pp. XXXVI-XLIV), las «Normas de la presente edición» (pp. XLIV-XLVIII) y la «Bibliografía citada» (pp. L-LIV).

En el «Esbozo de un perfil intelectual de Friedrich Bouterwek (1766-1828)» nos recuerdan los editores los veinte años que dedicó el autor a la elaboración de su historia general de las literaturas europeas, *Geschichte der Poesis und Beredsamkeit seit dem Ende des dreizehnten Joahrhunderts*, (*Historia de la poesía y la elocuencia desde fines del XIII*), en doce volúmenes, los dos primeros dedicados a la literatura italiana, precedidos de un Prefacio y una Introducción general; el tercero dedicado a la literatura española, cuya traducción parcial es el objeto de la obra que se reseña; el cuarto a la portuguesa; el quinto y el sexto a la francesa; el séptimo y octavo a la inglesa; el noveno, décimo y undécimo a la alemana, y el duodécimo comprende un registro analítico y un índice onomástico. Los editores matizan que esta obra:

A su vez [...] representa, en realidad la sección tercera de un vasto proyecto colectivo, una historia de las ciencias y las artes dirigida por el teólogo y orientalista de la Universidad de Gotinga Johann Gottfried Eichhorn, que fue dándose a conocer entre 1796 y 1820 con el título de [...] *Historia de las artes y las ciencias desde su restablecimiento hasta fines del siglo XVIII*. Eichhorn concibió su obra en nueve apartados y encargó la tarea de historiar las distintas disciplinas a sendos eruditos. Era su intención superar, mediante el concurso de varios especialistas, las sumas enciclopédicas elaboradas en el XVIII, resultado por lo común del ingente esfuerzo de una sola persona, como fue el caso de la más célebre de ellas, la obra del abate Juan Andrés, [...] *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*» (pp. XI-XII)

Para los editores parece clara la voluntad de Eichhorn de rivalizar con la obra de Juan Andrés, según argumentan en el cuidado y minucioso cuerpo de notas a pie de página, que ahorra derivaciones al texto principal. Las notas, nutridas y esenciales, también sirven para desarrollar puntos de vista de los editores así como para proporcionar información y argumentaciones tan valiosas como las del texto principal, por lo que tanto en espacio como en contenido discurren ambos textos en paralelo, complementándose.

Los editores aclaran que fue Gotinga el lugar donde se publica la *Historia de la literatura española*, por la importancia de su universidad en el último tercio del XVIII para el desarrollo de un «núcleo del naciente hispanismo alemán»:

El bibliotecario Johann Andreas Dieze, traductor al alemán de los *Orígenes de la poesía castellana* (Málaga, 1754) de José Luis Velázquez, había reunido allí una importante colección de obras relativas a las letras españolas, que allanó en buena medida las tareas de documentación de Bouterwek, como él mismo recuerda en el «Prefacio» a su *Geschichte der Poesis und Beredsamkeit* al explicitar las fuentes en que se basó (Nicolás Antonio, Martín Sarmiento, Tomás Antonio Sánchez, Velázquez-Dieze, Mayans, Eichborn, Sulzer-Blankenburg) y dejar constancia de las dificultades que tuvo que afrontar en la preparación de su obra, de bido a la relativa escasez de textos españoles (p. XIII)

Aún sin ser de un hispanista, la obra de Bouterwek se convirtió en precursora de los estudios hispánicos en Alemania, que se institucionalizan bien entrado el siglo XIX.

Ofrecen los editores a continuación una semblanza del autor que nació en 1766 en Oker, actual Baja Sajonia, donde se formó primero en el domicilio paterno, con la ayuda de un preceptor particular, y luego en la Universidad donde cursó derecho, cuyo oficio trocó pronto por el de escritor. Escribió poesía y novela, editó revistas y enseñó filosofía en Gotinga, donde reside hasta su muerte en 1828. Estudioso de la obra de Kant, concibió un sistema filosófico propio llamado virtualismo, junto con su amigo Heinrich Jacobi. Se interesó por la estética y publicó un manual sobre esta cuestión. Parece que concibió su *Historia de la literatura* como «una forma de asueto entre dedicaciones más graves» (p. XV), aunque ha sido esta obra la que más fama le ha proporcionado, mientras que su actividad filosófica ha quedado casi olvidada.

Para Valcárcel y Navarro, Bouterwek concibe la literatura española en consonancia «con la boga de lo español en el panorama cultural de la Alemania a caballo entre el Setecientos y el Ocho-cientos, donde, como es sabido, las letras españolas —o, por mejor decir, cierta interpretación idealizada de éstas— adquieren el papel paradigmático que hasta entonces habían venido desempeñando las francesas». (p. XV) y muestran los editores cómo se plasma esa idealización en el «Prefacio» del autor, que ve que, «El alma alemana y la fantasía española unidas con fuerza ¡de cuánto serían capaces! Lo que afirma el español del alemán, complaciéndose siempre en su origen: *Somos hermanos*, podría hacerse realidad de

una manera completamente nueva en la poesía alemana» (Apud Valcárcel y Navarro, p. XVI). Esa formulación del lema de la fraternidad espiritual hispano-alemana iba a cuajar en las etapas posteriores del hispanismo alemán, y como ejemplo dan los editores la extensa reseña que hizo Ferdinand Wolf de la versión española de 1829, en la que celebraba la publicación del texto «como un correctivo del clasicismo francés reinante en el campo creativo y de la crítica española en los primeros decenios del siglo XIX» (p. XVI). En contraste con esa amplia reseña no es mucho lo que se ha escrito luego de la obra de Bouterwek:

Jean-Joseph-Achille Bertrand le dedicó un artículo en el marco de una serie de trabajos sobre figuras pioneras del incipiente hispanismo alemán. Más tarde menudearon las menciones fugaces al historiador alemán en estudios que examinan la contribución de la crítica alemana en asuntos tales como el teatro del Siglo de Oro (y en especial la obra de Calderón) o la obra de Cervantes y Góngora. Pero los trabajos de conjunto más importantes sobre el Bouterwek *hispanista* son un artículo de Thomas R. Hart, otro trabajo de Ludwig Schrader, que aborda [...] el pensamiento estético subyacente a la *Geschichte* [...] y por último la presentación sumaria de esta obra que realiza Frank Baasner en su historia de la historiografía literaria española. (p. XVIII)

Se extractan y amplían a pie de página el carácter de esas resonancias de la obra de Bouterwek en la crítica mencionada y finalizan la semblanza los editores con una reflexión sobre el cierto romanticismo que inspira las ideas de Bouterwek:

Bouterwek hace suyas las ideas de Herder en torno al espíritu de los pueblos y su plasmación en el idioma y en los productos literarios de cada comunidad nacional. Ello lo aproxima al credo romántico, sin ser un exponente neto de dicha corriente [...] Por lo demás, son innegables las atinencias de su pensamiento histórico con el de los hermanos Schlegel, [...] al esbozar la idea de la poesía *romántica*, término que en boca de historiógrafos de este periodo no se refiere sólo, como es sabido, a la literatura propia de los que solemos entender por movimientos románticos decimonónicos, sino en general a aquella que surge en la Europa medieval imbuida de espíritu cristiano y caballeresco, —de proveniencia germánica, según destaca Bouterwek—, en un ciclo histórico de nuevo cuño, que surte en buena medida de espaldas al legado grecolatino. (pp. XVIII-XIX).

En la sección siguiente «Sobre *Historia de la literatura española*» se aborda primero «La obra de Bouterwek en el marco de la

historiografía literaria europea y española» (pp. XIX-XXV). Se llama la atención sobre el hecho de que la primera historia de la literatura española sea obra de un alemán, que se inserta como se dijo en el proyecto de Eichborn: «de evidente cuño historicista, concebido como la réplica alemana a la *Encyclopédie* francesa, se enmarca ya en plena revolución romántica [...] En este sentido, la obra de Bouterwk es representativa de un cambio del concepto de *historia* y de *literatura* [...] Lo poético no era ya un complejo formado por el saber y la habilidad artesanan, sino una totalidad concebida como vida y fuerza, con un residuo que quedaba en su fondo y que resulta siempre inasequible a la simple razón» (pp. XIX-XX).

Los editores quieren señalar sin embargo la continuidad y la deuda del historicismo romántico con lo ya avanzado por los neoclásicos según ha señalado Aullón de Haro y otros críticos. Bouterwek adopta pues un punto de vista histórico-nacionalista para reconstruir la evolución de las literaturas europeas:

La visión universalista propia de los ilustrados neoclásicos ha sufrido, pues, dos importantes restricciones: el Universo se ha reducido a Europa e incluso, diríamos, a Europa occidental, y ésta va a ser fragmentada en naciones. Lo que subyace aquí, evidentemente es una concepción romántica de la literatura, identificada con una lengua y con un pueblo; de manera que Bouterwek traza la historia de las literaturas europeas en lenguas vernáculas y se desentiende de los grandes procesos culturales que se manifiestan a través de la lengua latina o de otras lenguas de Europa oriental [...] lo cual significa la pérdida de la perspectiva comparatista presente en autores como Vico, Herder, y, sobre todo, Juan Andrés. A ello hay que sumar la reducción romántica del concepto de literatura. De hecho, la obra de Bouterwek trata sólo de la poesía y la elocuencia [...] la literatura deja de representar la cultura escrita, se separa radicalmente de las ciencias y es reivindicada como arte modelado a partir de la poesía [...] Los fenómenos internacionales se aminoran o diluyen, el estudio de las traducciones desaparece. En cambio, la historiografía literaria romántica privilegia la Edad Media como «origen» de las literaturas «modernas» europeas [...] y procede a su reconstrucción histórica tomando el siglo como principal categoría periodológica y centrándose en el análisis crítico biográfico de los principales autores y obras de cada nación, basado en la idea de progreso (pp. XXI-XXII).

Los editores valoran los pros y los contras de esta nueva aproximación: «se avanza en la valoración crítica de obras y autores

concretos, y se pierde la visión de conjunto, la unidad cultural y la perspectiva comparatista. Tal puede ser la significación del término «pragmantismo literario», que el historiador alemán emplea al comienzo de su «Prefacio», para calificar su método y reitera en el capítulo conclusivo de su *Geschichte der Poesis und Beredsamkeit* (p. XXII). Los editores inclinan un poco la balanza hacia lo que se pierde en esta visión: «Ahora bien, a diferencia de Juan Andrés [...] su visión es fragmentadora y parcial, individualizadora y caracteriológica, y consiste en creer que es posible alcanzar la totalidad de la literatura mediante la yuxtaposición o suma de literaturas [...] La concepción subyacente no es otra que la convicción de la unidad lingüística de las historias literarias, que suplanta a la unidad cultural en la que se basa Juan Andrés. A ello deberíamos añadir el hecho de que Bouterwek no traza la relación entre las literaturas modernas y las antiguas (p. XXIII)».

Aunque no pierde el mérito de ser «la primera [obra] de nuestra literatura concebida de forma autónoma» (p. XXIV) como lo reconoció Díaz Plaja, para quien por primera vez se concebía en la obra de Bouterwek la literatura como la proyección de las ideas y costumbres de los pueblos. El influjo de la obra de Bouterwek alcanza a las principales obras historiográficas del hispanismo europeo de mediados del XIX, está presente en la obra de Ticknor, Wolf o Henry Hallan o, como señalara José Carlos Mainer, influye en el primer manual universitario español de Antonio Gil y Zárate de 1842. Todas estas referencias se expanden convenientemente en el texto y las notas en esta cuidada edición, para concluir que: «pese a la anomalía de haberse conocido en español sólo una versión parcial, [...] la obra de Bouterwek contribuyó decisivamente a la configuración de las primeras historias literarias españolas, al menos hasta tiempos de la aparición de la muy erudita *Historia crítica de la literatura española* que José Amador de los Ríos dio a la estampa en siete volúmenes entre 1861 y 1867. Es más, Bouterwek desempeñó una función de primer orden a la hora de dar a conocer y reivindicar en Europa la literatura española medieval y de los Siglos de Oro». (p. XV).

Para Valcárcel y Navarro no se trata, sin embargo, en sentido estricto, de la primera historia de la literatura española: «A nuestro juicio, ese mérito debe atribuirse sin duda al abate Juan Andrés» (p. XXV).

La primera parte del estudio preliminar concluye con la «Descripción de la obra» (pp. XXVI-XXXVI). Su traducción y difusión por Europa en las primeras décadas del XIX, que permitieron que se conociera en España por su traducción francesa, antes de la versión española. Los traductores españoles José Gómez de la Cortina

y Nicolás Hugalde y Mollinedo publicaron en 1829 una versión castellana de la primera parte de la obra, que comprendía desde el siglo XIII al XVI para estimular el estudio tan mermado en España por las guerras. Valcárcel y Navarro valoran así el trabajo de los traductores:

Las extensísimas adiciones o «Notas de los traductores» con la que se cierra la traducción constituyen de hecho, en sí mismas, otra historia de la literatura complementaria, ya que como estos señalan: «aunque el autor trata de nuestra poesía con alguna extensión, deja en todo lo demás un vacío que nos ha sido preciso llenar, pues habla tan ligeramente de la mayor parte de nuestros historiadores, oradores y de algunos ramos pertenecientes a la literatura que, de no suplir este defecto, se nos incluiría, con razón, en el número de traductores rutineros y adocenados» (p. XXVI).

Tradujeron la primera parte de la obra (desde el siglo XIII hasta los primeros decenios del XVI). La segunda parte era la que más le interesaba a Bouterwek y abordaba desde los primeros decenios del XVI hasta la segunda mitad del XVII; y la tercera desde la segunda mitad del XVII hasta últimos del XVIII. Las tres partes iban precedidas de un prefacio y una introducción similares al volumen dedicado a las letras portuguesas. Valcárcel y Navarro añaden a esta edición de la primera parte el «Prefacio» (pp. 6-10) y la «Introducción» (pp. 11-24) que abrían la edición original alemana. Las «Notas de los traductores» (pp. 103-259) triplica en extensión lo que Bouterwek dedica a la etapa medieval. Los editores justifican la traducción y adicción del «Prefacio» aquí por la rica información que contiene sobre las fuentes que empleó Bouterwek, que son ahora desglosadas y referenciadas convenientemente. En la «Introducción» Bouterwek vincula la literatura española con la portuguesa «por razones de contigüidad geográfica y por los vínculos históricos derivados de ella. Quiere además dejar bien patente la influencia de la cultura árabe en el ámbito peninsular desde el año 712» (p. XXIX), aunque lo trate de un modo superficial.

Señalan los editores la peculiaridad con que trata Bouterwek a los autores y obras de los tres siglos medievales que considera en la primera parte de su obra. Así trata al *Poema del Cid* o al *Libro de Alexandre* por su valor documental y descriptivo más que literario, pasa sin demasiada atención por Berceo o por Alfonso X y en cambio alaba mucho la obra de don Juan Manuel y a los poetas de la corte de Juan II incluidos en el *Cancionero General*, y sobre todo valora como genuinamente españoles el romance y la lírica popular, «Todo ello responde a la consideración de España por los intelectuales alemanes como país romántico por excelencia, sobre

la base de la perviviencia de formas de cultura medieval, entre ellas los romances y la poesía popular» (p. XXXI).

Además presta atención a las primeras manifestaciones dramáticas, religiosas y profanas y a la crónicas que en España escriben sobre todo los laicos.

Ya en la reseña aparecida en 1829 en el *Correo Literario y Mercantil* sobre la traducción española se reconocía a los traductores el haber logrado con sus adiciones una verdadera historia de la literatura. Se destacaban entre las adiciones de los traductores las que tratan del *Libro de Palacio* de Pedro López de Ayala y de la *Crónica en verso del conde Fernán González*, las noticias sobre los trovadores del siglo XIII, sobre la poética de Jaime March de 1371, el *Catálogo de autores de poéticas españolas*, la nota sobre los romances, la noticia de la Crónica inédita de D. Juan... La reseña, reproducida en parte por Valcárcel y Navarro, reconocía el mérito de los traductores españoles a los que se elogiaba también como editores: «debemos advertir al público que hace tiempo no se le ofrecía una obra tan interesante» (Apud Valcárcel y Navarro, p. XXXIV). Los traductores añadían las fuentes bibliográficas empleadas por Bouterwek y otros materiales inéditos de los que disponían para la preparación del *Diccionario biográfico de españoles célebres* en el que estaban trabajando:

Es decir, los traductores españoles completaban las opiniones de Bouterwek con ejemplos, ofrecían un catálogo de las obras de los principales autores, añadían información, aportaban noticias inéditas, corregían y enmendaban la obra de Bouterwek; copiando incluso la letra en que se hallaban escritos muchos de los códices antiguos [...] y añadiendo tal número de citas textuales, que sus notas pudieran ser consideradas como una suerte de crestomatía de la literatura medieval [...] en algunas de sus notas [...] los traductores se hacen eco del periodo áureo de las letras catalanas y mencionan autores catalanes, valencianos y mallorquines (Lluch, Jordi de Sant Jordi, Ausisas March...) aunque sin discriminar correctamente en el asunto idiomático entre el provenzal y el catalán (pp. XXXV-XXXVI).

La segunda parte II del Estudio Preliminar continúa en su primer apartado ocupándose de «La traducción española» (pp. XXXVI-XLIV), las noticias que ofrecen las *Memorias de un sesentón* de Ramón Mesonero Romanos sobre la tertulia semanal que se reunía en casa de uno de los traductores, José Gómez de la Cortina, aristócrata y amigo de la cultura, en pleno apogeo del gobierno de Fernando VII, «esta oscura noche intelectual» como llama Mesonero Romanos a esa época. Trazan los editores de este modo una pequeña semblanza de José Justo Gómez de la Cortina, nacido en

México en 1799, y educado luego en España hasta conseguir la cátedra de geografía e historia militar y servir en el cuerpo diplomático en diversos destinos europeos en los que conoce a Chateaubriand, Benjamín Constan, El Abate Sieyès, Friedrich Stäudin, Alexander von Humboldt, etc. Miembro de las Academias de la Historia y de la Greco-Latina, se interesa por cuestiones filológicas e inicia con Hugalde y Mollinedo el proyecto del mencionado *Diccionario biográfico de españoles célebres*. Regresó a su México natal en 1832 y allí siguió desempeñando diversos cargos públicos hasta su muerte en 1860. Para su traducción contaron con la ayuda del director de la Academia de la Historia, Fernández de Navarrete, como declaran en el «Prefacio» y, según Guadalupe Romero y Pereda afirmaban en 1860, Gómez de la Cortina había dejado en México el manuscrito inédito del segundo tomo de la obra de Bouterwek.

Los editores apoyan la extendida opinión de que la traducción se hizo sobre todo a partir de la versión francesa, «siguiendo la práctica habitual en esa época en casos análogos, sin ser descartable que los traductores pudiesen tener a la vista también el original alemán. Los paralelos entre el texto español y el francés pueden apreciarse en la selección de fragmentos que anotamos a continuación» (p. XXXIX). Los editores ofrecen la comparación de fragmentos de la versión alemana, francesa y de la propia ofrecida en esta edición para demostrar que las correspondencias lingüísticas entre la versión francesa y castellana no puede ser fruto de la casualidad. Las evidencias que aportan son convincentes, aunque también «algunas discrepancias entre la versión francesa y la española hacen pensar que los autores pudieron manejar también la edición original alemana» (p. XLII).

El cotejo de las versiones francesa y española permite a Valcárcel y Navarro percatarse también de que: La declaración del «prefacio de los traductores» en que éstos afirman haber suprimido partes del original en las que Bouterwek manifiesta puntos de vista políticos y teológicos supuestamente heterodoxos carece de sentido, puesto que, aun en los raros casos de omisión, los traductores españoles siguen a la letra el texto francés. Dicha manifestación se explica más bien como una cláusula de seguridad dictada por la prudencia a que obligaba el clima político de la *década ominosa fernandina* (p. XLIII).

El proyecto de traducción española de la *Historia* de Bouterwek se frustra en parte por no haberse traducido la obra entera del historiador alemán, como era el plan inicial.

Finalmente aclaran Valcárcel y Navarro las «Normas de la presente edición» (pp. XLIV-XLVIII): la actualización de grafía y pun-

tuación con una minuciosa explicación de la casuística que se ve afectada. Criterios cuya aplicación cuidadosa dan como resultado una edición de calidad. El estudio preliminar termina con una «Bibliografía» (pp. L-LIV), dividida en un apartado que consigna las «obras históricas de Friedrich Bouterwek» y otro con la «Bibliografía citada».

Gómez de la Cortina y Hugalde y Mollinedo ponderan en las tres páginas introductorias a su traducción de la obra de Bouterwek la importancia de una obra como ésta como modelo para una juventud que carece de ofertas culturales. Se ofrece la obra con esa pátina romántico-platónica de constituirse en modelo de lo bello, y confiesan que han tenido que llenar las lagunas dejadas por Bouterwek, debidas sobre todo a la escasez de noticias del autor más que a su falta de talento. Y esto que han suplido los traductores lo han hecho con la ayuda de la erudición acumulada para el *Diccionario biográfico de españoles célebres* y con las noticias facilitadas por D. Martín Fernández Navarrete, director de la Real Academia de la Historia, quien «ha facilitado al público por nuestro medio el conocimiento de muchas noticias inéditas, como las de las crónicas en verso del conde Fernán González, del Libro de Palacio del canciller Pero López de Ayala y otras que constituyen lo más interesante de nuestras adiciones (pp. 3-4)

En el Prefacio, traducido por los actuales editores del original alemán, Bouterwek critica las limitaciones del gran diccionario de eruditos de Nicolás Antonio, su falta de gusto para valorar la literatura: «Porque Nicolás Antonio daba más importancia a un solo tratado teológico que a toda la bella literatura de su nación» (p. 8). Pondera su hazaña pionera: «para dar cuenta de la historia de la elocuencia española en toda su extensión ha habido que roturar un campo completamente yermo» (p. 8). Es Bouterwek consciente de que no saber español de una forma viva le limita:

¿De qué sirve entender mejor o peor literariamente un idioma si en un estudio continuado de las obras más descollantes escritas en él se tiene la sensación cada vez más arraigada de que uno tendría que vivir, algún tiempo al menos, en la nación cuyo genio está plasmado en dicha lengua y en dichas obras para representar legítimamente de forma expresiva su bella literatura? Y la verdad es que no podría despertarse un verdadero interés por dicha literatura sin una representación expresiva» (p. 9).

Desea que este tipo de obras sirvan para «despertar hondo interés por ellas en almas sensibles; y a ser posible a procurar que el espíritu alemán se anime a nuevas empresas propias gracias a estos

bellos sonidos que le llegan del sur» (p. 9). Afirma la dificultad que ha encontrado para procurarse libros portugueses en los que documentarse, mientras contó con algunos españoles en la Biblioteca Universitaria de Gotinga, y se medio consuela de esa carencia con la idea de que la literatura portuguesa no ha sido tan influyente como la española fuera de sus fronteras.

En la Introducción, la fantasía romántica se explaya a su capricho al reflexionar vagamente sobre las relaciones literarias de árabes y castellanos, y no deja Bouterwek de inventarse un supuesto y eterno refinamiento germánico que estaría en la raíz castellana y actuaría de civilizador respecto al árabe:

Tampoco faltaron los amores entre algún caballero cristiano y una dama mora. Puesto que el árabe, que en los desiertos de su patria no encierra y hace vigilar a las mujeres de forma ni la mitad de despótica que el habitante de una ciudad oriental a la suyas, pudo aprender fácilmente de los descendientes de un pueblo germánico la auténtica galantería. Y con más facilidad aún cobró ímpetu oriental la fantasía de los caballeros cristianos, en un clima que incluso al árabe no le resultaba extraño. Así surgió el espíritu caballeresco español, que representaba en el fondo el espíritu caballeresco general de la mayoría de los pueblos europeos de aquella época (pp. 11-12).

Dice Bouterwek que «El romance español de las distintas provincias aún no despuntaba como una lengua nacional insigne, como ya lo era el italiano *volgare illustre* en tiempos de Dante» (pp. 12-13). No parece estar muy al tanto del impulso que se dio al «castellano drecho» bajo Alfonso X ni de lo pionero que resultaba el uso jurídico de una lengua vulgar en el contexto de la antigua Romania. No reconoce la preponderancia del castellano en la Península hasta mediados del siglo XVI, y mantiene algunas ideas obsoletas sobre la corrupción de las lenguas, basándose en el libro de Gregorio Mayans y Siscar en sus *Orígenes de la lengua española*. Afirma que el castellano tuvo un cultivo literario más tardío que el catalán, al que no diferencia bien del provenzal. Ciertos razonamientos de índole romántica no han sobrevivido a las exigencias modernas de objetividad: «El acortamiento de las palabras latinas, que confiere a la lengua catalana una llamativa semejanza con el francés, no agradaba a los castellanos» (p.16). Atribuye la aspiración española al árabe pero también afirma que «La pronunciación visigótico-alemana se mantuvo sin duda alguna en las montañas de Castilla, y más tarde pudo combinarse fácilmente con la árabe» (p.16, n.5). Si chocan las fantasías románticas en los co-

metarios de crítica literaria, aún chocan más cuando se llevan como en este caso al terreno de lo filología diacrónica. La sustitución de las sibilantes por consonantes velares en español no tiene que ver ni con los árabes ni con el sustrato germánico. Comenta también que los castellanos desdeñan la lengua portuguesa como si «les sonase como el idioma vulgar que hablan en Madrid los aguadores gallegos» (p.17, n.6). Toda una serie de aventuradas hipótesis en consonancia con el talante romántico, que han perdido su consistencia científica en nuestros días.

Como han señalado Valcárcel y Navarro, el énfasis de Bouterwek recae enseguida en los romances. El autor desarrolla hipótesis románticas sobre su origen también en desuso hoy día: «Parece más bien que en ellos pervive el recuerdo de los cantos romanos de soldados, que sin duda se oyeron bastante en estas regiones y dejaron una impronta que fue transmitida por los españoles romanizados a los conquistadores visigóticos. En esos versos cualquiera podía cantar sin cortapisas sus sentimientos amorosos y heroicos, acompañado a la guitarra» (p. 22). Para Bouterwek también la influencia árabe explica el carácter de los romances, aunque no ofrezca ninguna prueba de ello más que unos versos de *El Corán* con monorrima. Porque para Bouterwek primero fueron romances de rima consonante y luego, se llegaría a la rima asonante cuando los españoles se dieron cuenta de que «favorecía más la elegancia de las redondillas el que, en lugar de la rima completa o auténtica, se oyera a modo de variación la incompleta o inauténtica, que sólo era un eco de las vocales, no de las consonantes, en las sílabas finales de los versos. Surgió así la diferencia entre las consonancias y las asonancias, que ninguna otra nación ha convertido en belleza rítmica» (pp. 22-23). Por la misma época surgirían para el autor las estancias dactílicas del arte mayor. Los españoles dejarían pronto los alejandrinos que no se adaptaban al espíritu de la nación. Así de idealista, vaga y en fin, romántica, es la introducción de Bouterwek a su *Historia de la literatura española*.

La primera parte que abarca, como se ha dicho, desde fines del XIII hasta principios del XVI, arranca afirmando que «no puede dudarse que los primeros acentos poéticos que resonaron en el norte de la España fueron romances y canciones populares» (p. 25), aunque se hace eco de la existencia de «una crónica en verso intitulada *Poema del Cid el Campeador*, cuyo asunto es el destierro y regreso de este héroe a su patria, aunque nunca podrá dársele con justicia el título de poema, por no ser más que una historia rimada, en alejandrinos bastante incorrectos [...] Considerada como curiosidad literaria, es muy digna de aprecio; pero, si se la considera como producción poética [...] lo único que da a ciertos pasajes de

la obra una colorido algo poético es la sencillez caballeresca de su estilo realzada por algunas situaciones bien descritas (pp. 25-26). Peor parado sale el *Libro de Alexandre*: «Menos poesía se halla aún en la crónica fabulosa llamada Poema de Alejandro Magno, cuyo autor y fecha aún no han podido averiguar los literatos, pero es indiferente para la historia de la poesía española que esta producción pertenezca al siglo XII o al XIII; que sea original o traducción de una crónica francesa [...] Los caudillos de Alejandro tienen títulos de condes, barones, etc.; finalmente apenas se perciben algunos rasgos de la verdadera historia del héroe en aquella confusión de invenciones insípidas y ridículos disfraces» (p. 26). Y como sobre ascuas pasa también Bouterwek por la obra de Berceo de la que nada dice pues, como las otras, son desconocidas para él. Más importancia da a la figura de Alfonso X aunque en sus obras, según el alemán, «no se descubre en todas ellas el más ligero rasgo de verdadera poesía» (p. 27); su importancia se debe sobre todo al impulso dado a la lengua castellana y a su ejemplo de hombre culto. Gran derroche de tópicos en esta primera incursión de Bouterwek por la Edad Media española. Lo mejor para el alemán es el *Conde Lucanor* en el siglo XIV, que es para él de mejor calidad que las novelas de caballería como el *Amadís de Gaula*. Al Arcipreste de Hita le dedica un escaso párrafo que no puede dar idea alguna de su *Libro de buen amor*, que el autor considera sólo una sátira «que se resiente de la poca cultura de su siglo» (p. 30). Más que el método romántico lo que puede verse en este ensayito de Bouterwek es la ligereza y la superficialidad con que se sacan conclusiones sobre obras que le son grandes desconocidas. La ignorancia con que trata a las obras mencionadas intenta compensarse con su obsesión por los romances, a los que liga indisolublemente al desarrollo de los libros de caballería, articulando el tópico de que el español no sabía distinguir entre historia y epopeya. Dedicar algunas líneas al *Amadís* y su enorme difusión; su autor en este caso sólo tomó de los árabes el gusto por los encantamientos maravillosos y reafirma su teoría sobre el nacimiento de los romances:

Los más antiguos romances que se conservan en su primitivo lenguaje son sin duda los que se han tomado de los libros de caballería, de los cuales unos son imitaciones del *Amadís* y otros traducciones de novelas francesas [...] Los caballerescos se diferencian de los otros tanto en la antigüedad del lenguaje como en la repetición de una misma rima, que degenera muchas veces en asonante [...] todos en general son composiciones de mucho mérito (p. 32)

Ha decidido Bouterwek que en los romances reside «aquella naturalidad llena de energía» que es su principal belleza, y que parece no reconocérsela ni al *Cid*, ni al *Libro de buen amor*. De los romances lo que más le llama la atención son las descripciones minuciosas de vestimentas, joyas y armas: «Si un pintor hiciese un verdadero estudio de estas situaciones tan interesantes, podría aumentar en gran manera las bellezas de su arte» (pp. 35-36). Distingue entre romances compuestos de redondillas y los que están divididos en coplas o estancias a los que llama canciones, haciéndolas corresponder con el Lied de los alemanes.

Pondera Bouterwek la importancia del reinado de Juan II para la poesía pero destaca el mal gusto de los poetas de entonces, sin que parezca entender ni de dónde ni para qué surgen los dezires alegóricos. Así dedica algunas líneas a la figura del Marqués de Villena, al que concede el mérito de haber escrito «la más antigua de todas las poéticas españolas» (p. 39). También dedica unas líneas —siempre superficiales— al Marqués de Santillana, que lidera a los poetas de la corte de Juan II según Bouterwek, y al que considera «más filósofo que poeta» (p. 40). No cree el alemán que la concepción alegórica de la poesía del Marqués se deba al influjo de Dante. Por supuesto ni menciona la figura ni el magisterio de Francisco Imperial.

Con la misma ligereza trata a Juan de Mena, a quien sí atribuye «alguna que otra imitación del Dante» (p. 42). Sus *Trescientas* «sólo puede mirarse como una obra maestra gótica que pertenece exclusivamente al tiempo en que se compuso y en la que no se halla rasgo alguno de aquel ingenio que hubiera podido ser superior a su siglo» (p. 43). En las extensas notas que incorporan los traductores, más extensas como se ha dicho que el propio texto de Bouterwek, reafirman Gómez de la Cortina y Hugalde la deuda de Mena con Dante, pero tampoco mencionan al pionero Francisco Imperial. Menciona Bouterwek de pasada a Fernán Pérez de Guzmán, Rodríguez del Padrón y otros poetas de cancionero como Sánchez de Badajoz, Alonso de Cartagena, Gómez Manrique y su sobrino Jorge sin que sobre ninguno de ellos parezca tener un conocimiento de primera mano, aunque no deja Bouterwek de hacer sus cábalas románticas sobre los datos que maneja: «Una nación que cuenta ciento treinta y seis poetas líricos en sólo un siglo y que posee además un gran número de poemas anónimos del mismo género y tiempo no puede menos de estar dotada de un ingenio verdaderamente poético» (p. 47). Aún así, «sólo produjo aquel siglo alegorías versificadas con demasiada frialdad sobre las virtudes y vicios, definiciones escolásticas o pensamientos comunes, expresados unas veces con hinchazón, otras con delicadeza y no pocas en versos elegantes, pero sin ninguna poesía» (pp. 47-48).

Claro que no sabemos lo que es poesía para Bouterwek, por más que nos lance alguna generalidad:

Los poetas españoles, aunque usan en sus composiciones amorosas más agudezas y juguetes que los italianos, son más serios y enfáticos que éstos, y sus poesías amorosas presentan por lo común al mismo tiempo la escasez de ideas y el candor del estilo de las canciones de los trovadores: semejanza producida no por la imitación, sino por el gusto caballeresco que entonces dominaba en el medio-día de Europa. En el siglo XIV Petrarca elevó en Italia este género de poesía a un grado de perfección adonde no pudieron llegar los poetas españoles de su tiempo. Los del siglo XV se manifestaron más vehementes que tiernos, porque el suspiro del apasionado italiano es un grito en el labio del español (p. 48)

Nada le hace reparar en la finura de las coplas de Jorge Manrique, pues parece eclipsado por lo que llama Bouterwek «el mal gusto de su siglo». Mal gusto que también alcanza para Bouterwek a las escenas más realistas de *La Celestina*: «sería más prudente ocultar semejantes pinturas que exponerlas al público en su vergonzosa desnudez; pues, aun concediendo que puedan tener su utilidad y que el trágico ejemplo de Calixto y Melibea haya contenido a algún joven imprudente, siempre reprobará el buen gusto semejantes escenas» (p. 56). Un buen gusto que no parece ser el de los lectores de otras épocas incluida la contemporánea. De todos modos, se nota, como es frecuente en esta primera historia de la literatura medieval española, sintetizada en un breve ensayo, que las lecturas no son de primera mano y así entre los sucesos trágicos de *La Celestina* nombra Bouterwek el asesinato de Calisto mientras deja escapar los tremendos valores literarios de esta obra. El ensayo se pierde en la vaguedad de las generalidades románticas y la información que se suministra no lograría para las exigencias posteriores, no hablo de hoy en día, constituirse en historia de la literatura española. Se dan noticias vagas que deberían ir acompañadas por esa misma vaguedad de prudencia y de humildad pero es difícil frenar el entusiasmo romántico para proyectar las propias intuiciones e ideales sobre el objeto de estudio. Inicios pocos rigurosos para la historiografía literaria, comprensibles por la falta de medios y las circunstancias en que surge, curiosos en todo caso y dignos de ser tenidos en cuenta para una historiografía de la literatura española que busque sus orígenes.